La vuelta al corral o el nombre de las cosas

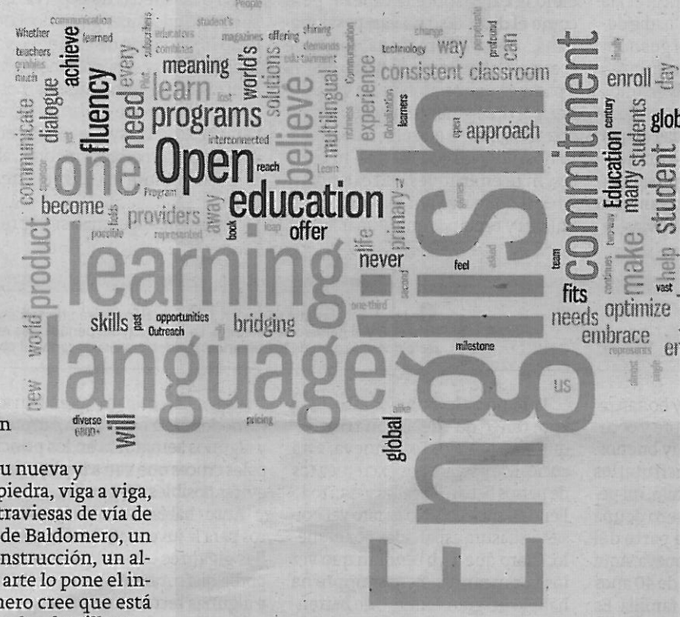
JOSÉ MARÍA BECERRA HIRALDO
CATEDRÁTICO DE LENGUA ESPAÑOLA

Otra vez están inventando los ingleses por nosotros. Va uno por Inglaterra y se encuentra letreros que dicen B&B. Es lo mismo que el AD de la factura de nuestros hoteles, o sea, alojamiento y desayuno. Pero es invento inglés. De la siesta no hay constancia en todo el costumbrismo inglés, ni del pan con aceite, ni de la manteca colorá, ni de los pimientos secos picantes, ni del pipo, ni del gazpacho, ni de la porra antequerana, ni de los calostros, ni de los churros madrileños, ni de las porras, ni de las migas. ¡De qué sabrán ellos! ¿Qué van a inventar ahora?

Si vas por la Alpujarra almeriense, no paras de ver cortijos comprados por ingleses; lo mismo pasa en la axarquía malagueña, en los pueblos blancos de Cádiz, la subbética cordobesa, la sierra del Montseny en Barcelona, el Maestrat valenciano, el valle del Ambroz extremeño o los valles pasiegos de Cantabria. ¿Qué es lo que pasa? Que los ingleses, o los suecos, descubrieron un día la costa, plantaron a las suecas con bikini, poblaron la costa, y ahora han inventado la vida en el interior, el paisaje interior de Jaén; los ingleses buscan la tranquilidad y la han encontrado en las antiguas y desvencijadas casas de campo nuestras, los cortijos andaluces, los casales levantinos, la masía catalana, la casería murciana, la alquería almeriense, la palloza gallega, el caserón montañés, el caserío vasco. Toda la costa española está ya cementada y edificada, ahora queda el interior. ¿Será posible algún día que una perdiz roja cruce toda la península, no de árbol en árbol, sino de casa en casa? Alguien lo verá algún día.

Entretanto, el inglés está restaurando su nueva y barata posesión, al estilo rústico, piedra a piedra, viga a viga, con cerámica de Fajalauza, y teja vieja, y traviesas de vía de tren. Para eso ha contratado los servicios de Baldomero, un antiguo cortijero metido a obrero de la construcción, un albañil de los de ahora, torpe pero fuerte; el arte lo pone el inglés, el sudor lo pone Baldomero. Baldomero cree que está mejor ahora que cuando cuidaba cochinos y los de Villanueva del Trabuco le robaban los guarrillos. Baldomero está muy desilusionado de la ciudad (mira que ha pasado tiempo de 'La ciudad no es para mí'). ¡Eso de dejar las cabras 'encerrás' y comer una lata de 'fuagrás' en un parque de la ciudad! Baldomero, o el mismo koala, se acuerdan de sus chotillos encerraos, de sus mininos, de su potra, de sus gallinas, conejos, perros y cabrillas. Baldomero nació en la Andalucía interior alta por el uso del diminutivo –illo, la zona del quillo–. Baldomero se acuerda de sus padres, de 'opá' y de 'omá'. Baldomero le dice a su padre que quiere volver al campo, al 'corrá'. Y ese grito sirve para todo, para el que quiere ganar un 'mundiá', para el que quiere huir de la 'ciudá' y para que el que quiere 'hazé' un 'corrá' para ayudar a su padre. Baldomero nació en zona ceceante, de aspiración y de finales neutralizados.

Baldomero sueña con una sociedad sin clases, donde no se distancien el patrón y los obreros, donde todos sean iguales, haya trigo y petróleo para todos, donde nadie sea más que nadie. Pero despierta y se encuentra con el señorito Evaristo



Ahora bien, no esperemos a un inglés agricultor. Se trata de un inglés jubilado o rentista, que se dedica a cosas extrañas, como leer. Viene él, viene ella; los Baldomeros de turno le reconstruyen la casa, y después hamaca que te crió. Parece el reposo del guerrero. Lejos de la época horaciana en que el emperador Augusto le pedía al poeta «la vuelta al campo», la necesidad de comida para el pueblo romano empobrecido por las guerras. Lejos de la época luisiana en que Felipe II le pedía al poeta una pausa entre tanta guerra, una «vida retirada a los huertos». Parece que los ingleses no van por ahí. Buscan retiro, buscan aislamiento, no cultivan la integración social. Serán islas en un mar de secanos, o de frutales. Difícilmente se llevarán con Baldomero. Para Baldomero, el huerto es el huerto del Cantar donde está la Lola. Sueña con revolcar a Lola en las amapolas. Nada que ver con la inapetencia sexual de los ingleses. Baldomero sueña con una novia cortijera, de lomo ancho, o sea, gruesa y con carnes donde agarrarse; sueña con arrimarse, darle con la cebolleta, besar la boquita de ciruela y beberse sus ojos de yerbabuena.

Para todo ello, tiene que casarse por la Iglesia, cosa que no entiende el inglés. Porque lo dice el cura y el alcalde, porque lo exige el padre de Lola. El casorio, como Dios manda; los saraos, como Dios manda. Ya estamos en el pueblo, lejos de la ciudad. Aquí hay que pelar la pava, pasear noches de luna llena, comer papas en la candela y calostros con canela. ¡Qué sabrá el inglés cómo está uno! Baldomero está que parte almendras, que troncha árboles, de ganas que tiene de sexo. Se consuela con el baile agarrao en la discoteca, el rock rústico de lomo ancho, con el potaje y una pintaílla en el bar. Se revoluciona cuando ve al verraco hecho un verraco, acepción coloquial que indica persona «que 'zolo' 'pienza' en el 'cezo'»; cuando ve al cerdo padre liar el taco, cuando lo ve valiente y traviesillo, con el sacacorchos fuera, o sea, a punto de copular. ¡Qué distinto está el gallo! Parece el gallo de Morón, el más chulo, al que otro desplumó y le quitó la chulería. Y ¿para qué quedó? Para el arroz con ajo y pimentón.

A la vista del panorama, Baldomero tiene que volver al oficio; al oficio de 'capaó', con su 'amoto' y sus avíos, y su terrenillo en el cortijo. O al oficio de hortelano, en los bancales de otros, en el 'lanrover' de otro y con los chotillos de otros. O al oficio de trampero, con la alúa y la mirla, de bulaga en bulaga poniendo trampas, y echando los conejos y las perdices en los platos de los señoritos, esos jóvenes acomodados y ociosos.

Baldomero sueña con una sociedad sin clases, donde no se distancien el patrón y los obreros, donde todos sean iguales, haya trigo y petróleo para todos, donde nadie sea más que nadie. Pero despierta y se encuentra con el señorito Evaristo. Baldomero va a volver a la construcción, a la obra del inglés que por lo menos le mira sus manos de callos; en sus ratos libres irá al 'corrá' a engordar cochinos.

'Improntu'

EMILIO DE SANTIAGO

Nada me resulta más grato y divertido que permitirme, como suele acontecer con el piano, improvisar cuando delante se presenta la semanal tarea de redactar una columna periodística, que tiene lo suyo de trabajoso. Sucede, muy a menudo y por mucho interés que se ponga en evitarlo, que el magín no da para más y, dándole vueltas a la cabeza, hay que hallar un tema que posea no digamos mucho, pero sí cierto interés. Que no sea la indigerible perorata filosófica de ventorrillo.

Y en esas me hallo. Finalmente, he optado por valerme de algunas consideraciones que, con las debidas disculpas, a mi vida se refieren. Un puro divertimento sin mayores arpegios ni absurdas pretensiones. Acaso, algo que aderece, prudentemente, el conocimiento que posibles lectores puedan tener acerca de mi persona. ¿Un destartalado canto a mí mismo? Nunca pretendería, ni siquiera desde la más extravagante de las ensoñaciones, equipararme, con mis torpes zaragatas, al maravilloso Whitman.

En manera alguna, soy hombre de prendas de ningún tipo. Ni grandes ni pequeñas. En el plano de lo físico, a la vista han estado siempre por malaventura. Mi difunto padre, hombre apuesto y elegante, solía decirme –para darme ánimos, claro– que no había yo de preocuparme por mi careto y hechuras, que los feos, con la vejez, nos mejorábamos. Poníame luego ejemplos de conocidos adefesios. Así será, digo yo. A estas alturas de la película, tengo todo el pescado vendido y he echado a barato el precario glamour de magro mocico viejo que me 'adorna'. Quizá, lo que sí me haya ocupado y preocupado a lo largo de mi vida, más que el manifiestamente mejorable aliño que gasto y que, por nada del mundo, estoy dispuesto a mejorar, haya sido el estudio, el conocimiento, la cultura en sus varias modalidades. En ese terreno, no creo haber sido del todo un fracaso. Mis modestas cosas he hecho con bastante esfuerzo y dedicación. Incluso hasta obtuve algunos reconocimientos. Pero nunca me siento satisfecho. Desde la niñez, soñé con llegar a ser un escritor notable, aunque luego me haya quedado en ocasional poeta y modesto columnista dominguero, No alcancé las ansiadas cimas. Digamos que eso ya no me inquieta un ardite. No voy a ninguna parte concreta. Me dejo llevar mansamente por el tornadizo río del destino.

Sin embargo, soy de la opinión de que, como docente, sí logré cumplidamente llevar a cabo todo lo que me había trazado de antemano, en orden a formar a los alumnos y ampliarles su visión analítica de las realidades históricas poco frecuentadas. Investigué, con verdadero entusiasmo, variados temas. Publiqué unos cuantos libros y numerosos artículos de revistas especializadas principalmente en islamística y filología semítica. Dicté conferencias e impartí maestrías en distintas universidades españolas y extranjeras. Me recordaré siempre perdido entre el abigarrado paisaje de las bibliotecas o en el silente panorama de los archivos. Cumpliendo mis deberes académicos, he sido muy feliz. Con una felicidad que dejó huella indeleble en mi alma. No así ocurrió en eso que se entiende por vida sentimental. Cometí el borgiano pecado de no serlo. Tampoco me tengo por desdichado. Las cosas del corazón funcionan un poco como las tolvas de una veleidosa lotería. Nunca fui el agraciado, ni aun en la pedrea. De haberlo sido, quizá mi existencia hubiese cambiado. ¡Quién sabe!

Parecerá lo poco escrito pinceladas para la redacción del posible proemio de una autobiografía de esas que gustan escribir tantas mediocridades. Como cabe imaginar, ni he pensado ni jamás pensaré escribir tal desmesura literaria. Tiene bien marcados límites el delirio de mi personal autoestima. Me he dado licencia apenas para escribir un 'improntu', cuasi una fantasía...